

LA IMPACIENCIA INMOVIL

GRUÑO, más que dijo:

—Es idiota, pero yo creía que la democracia iba a cambiar mi vida.

—Es, efectivamente, idiota. Pero la verdad es que tampoco hemos entrado en la democracia.

—¿A qué esperamos?

—A que usted cambie su vida. Sufre usted una alucinación muy corriente, que es la de invertir causa y efecto. No es la democracia la que tiene que cambiar su vida, sino usted, cambiando su vida, cambiando, por consiguiente, la vida de los demás, el que tiene que cambiar el régimen. La democracia se distingue de la revolución, o del golpe de Estado, en que es una larga paciencia. No brota de un día a otro, no es un "alegre, hermoso destello de la divinidad", como citaba Beethoven. Es algo que hay que ir haciendo, que debe penetrar en las costumbres, que debe transir la mentalidad de todos...

Estamos en una época de impacientes inmóviles. Algunos, y eso es peor, confunden una acción externa —gritar, protestar, reclamar— con la verdadera acción, que es interna: cambiar sus relaciones con los demás, reflexionar sobre su propio papel en la sociedad. El impaciente inmóvil quiere que le cambien, no cambiar él. Se ha acostumbrado a que el Estado le dé una vida hecha o deshecha: si tenta un jefe autócrata, quiere un jefe demócrata. Pero un jefe. Alguien que le explique cómo tiene que seguir viviendo, cómo tiene que reaccionar ante los hechos. Quizá inconscientemente, quiere ser libre por Decreto-Ley.

También están los que se quejan de que en el ámbito en el que viven y trabajan, en la familia y en la empresa, hasta en la tertulia de amigos, no hay "democracia interna". Esto quiere decir que sus opiniones no son tenidas en cuenta en la medida que él querría. Es también un reflejo franquista. Todos tenemos psicología de salvadores. Todos tenemos madera de dirigentes, de hombres de decisión. "¡Si me hicieran caso a mí!". Y es que hay quien confunde la democracia con su propia autocracia.

—Una de las primeras virtudes del demócrata —sigue aleccionando, con un maravilloso y estúpido paternalismo— consiste en partir de la suposición de que uno puede estar equivocado. Consiste en suprimir la noción de enemigo: el que piensa lo contrario no lo piensa contra nosotros, sino porque cree que tiene razón, como lo creemos nosotros...

—Todo eso que usted me dice es elemental. Y la verdad es que nada tiene que ver con la democracia. La democracia es una sociedad competitiva, penetrada de liberalismo, de la ley de la jungla, de la supervivencia del más fuerte.

—Esa es la democracia en bruto. La de Estados Unidos o la de Alemania Federal. Y la de algunos otros países. La lucha consiste en que no sea eso, en que vaya adelante con sus verdaderas premisas, con su humanismo profundo... La impaciencia y la acción sólo están justificadas cuando se hace algo más que vociferar. Y, desde luego, mucho más que sentirse desencantado...

—¿Ha pensado usted en lo que recomienda a los demás, en que probablemente está equivocado?

Me deja perplejo. No, no lo he pensado. Pero lo pienso un momento, y en seguida me convengo a mí mismo de que no puedo estarlo, de que lo que estoy diciendo es el evangelio de la democracia...

Y es que la pereza mental del franquismo nos ha agarrado bien a todos. ■

POZUELO

sis lleguen hasta el final, hasta cuestionar el uso masivo de los plásticos (siempre estas producciones, para su rentabilidad, han de ser masivas) y denunciar su funesto papel social actual. Por ello se anunciarán importantes modificaciones y mejoras en la legislación (que ya era, sin embargo, "avanzadísima"), medidas restrictivas al tráfico (de esto, poco), alguna que otra reestructuración ministerial, etc. Pero todo seguirá igual. Los gobernadores civiles, en un gesto ridículo, han prohibido la circulación, en Tarragona y Barcelona, de transportes de las características del siniestrado, medida que mantendrán durante unos días, en tanto se apacigua la opinión pública. Luego, todo igual.

Mientras tanto, 100.000 toneladas de propileno se mueven cada año por esas carreteras de Dios y esos pueblos condenados. En total, y dadas unas condiciones malévolas e improbables (recogiendo el "modelo" negro de Los Alfaques) se pueden producir un millón de víctimas cada año. Esto, a cargo del propileno, porque hay productos mucho más peligrosos y mortíferos. El desarrollo sigue su arrrollador avance, superponiéndose a la voluntad y los intereses de los mismos desarrollados. Desarrollarse y/o morir, esta es la cuestión. ■ P. C. M.

sarrollo" industrial de los últimos veinte años y el desastre ecológico actual. A base de una gigantesca operación financiera a escala mundial se han impuesto a los productos naturales que cumplan su misión, con numerosas ventajas. La producción masiva de plásticos ha entrañado que el hombre de la calle se haya hecho consumidor a la fuerza, que se haya visto arrojado fuera de su puesto de trabajo originario (la industria petrolífera y petroquímica crea desempleo) y que se haya rodeado de venenos no degradables, en el aire, el mar, etcétera.

La explosión y lluvia de fuego en Los Alfaques, se dirá, es un gaje del progreso; una mala suerte inevitable, que no puede impedir que se siga desarrollando la industria química y petroquímica... En estas tragedias y en otras que se nos avecinan (sobre todo, las nucleares) la esperanza de los críticos en que un accidente importante producirá la regresión de la actividad, carece de fundamento. Los intereses implicados en todas estas actividades disponen de suficientes resortes para poder demostrar, después de la tragedia, que nada de todo lo ocurrido puede —debe— impedir que se siga adelante, por el progreso del hombre...

Lo básico, en este sentido, es impedir que la crítica y el análisis

carretera había ya ocasionado en nuestro país suficientes víctimas como para prohibirlo o regularlo mejor.